

Comentario final 2021

Al final del curso, en circunstancias normales, se intentaría entrelazar lecturas y unidades, eventualmente vincularlas a la experiencia cotidiana de ustedes y a las situaciones contemporáneas. Una tarea que ahora quedará (en verdad, casi todos los semestres faltó tiempo para hacerlo en común) a cargo de cada uno de ustedes, en la medida de sus curiosidades, intereses y preocupaciones.

Por otra parte también en el pasado advertimos que, con más frecuencia, muchos realizan esa labor de reaprovechamiento y análisis, años después, cerca de la culminación de sus estudios o cuando ya están en plena actividad profesional.

Y otros no la llevarán a cabo jamás, por supuesto.

En la *República* de Platón, Sócrates propone el concepto de la *"mentira noble"* (pues, a su juicio, también las habría innobles: aquellas que nos *"representan mal con el lenguaje los dioses y los héroes, tal como un pintor que no pinta retratos semejantes a lo que se ha propuesto pintar"*), una fábula que, aunque no es cierta, podría inspirar a los ciudadanos a la virtud y a tratar a todos cuantos habitan en el Estado como hermanos.[1]

No es difícil relacionar esto con los *"mitos compartidos"* de Harari, ni con el príncipe simulador y disimulador de Maquiavelo, ni con el soberano como juez de las doctrinas que deben enseñarse, a quien, como escribió Hobbes, *"no repugna hacer de la paz el criterio para descubrir lo que es verdadero"*, ni a la religión civil de Rousseau *"que le haga amar sus deberes"* a cada ciudadano (que Hitlodeo, en el librito de Moro que leyeron, anticipara, casi textualmente, como *"principios de la filosofía que se han de tomar de la religión"* y que, nos cuenta el marino portugués, *"piensan los utopianos que la razón puede llegar a creerlos y a aceptarlos. Si no se aceptaran -afirman sin vacilar- no habría nadie tan estúpido que no pensara que el placer se ha de buscar por todos los medios permitidos o prohibidos"*, aplicando el derecho a todo del estado natural de Hobbes); pero también con la convicción de Locke acerca de que el *"estado de naturaleza tiene una ley de naturaleza que lo gobierna y que obliga a todos; y la razón, que es esa ley, enseña a toda la humanidad que quiera consultarla que siendo todos los hombres iguales e independientes, ninguno debe dañar a otro en lo que atañe a su vida, salud, libertad o posesiones"*.

El continente que habitamos y el país en que vivimos tienen una no muy lejana historia colonial (al menos en tanto espacio de colonización irrumpe en la mirada europea, también la de los escritores leídos en este curso, y como territorio de emigración será poblado durante los últimos siglos, inclusive, como Maquiavelo contó que se leía en la historia antigua, exterminando a las poblaciones que aquí se encontraban), que nos forma, conforma y deforma.

Un ensayista escribió, pintando un breve pero doloroso panorama de esa historia compartida, que “el colonialismo es un proceso civilizatorio continuo que comenzó con la cristianización violenta de los pueblos de América, prosiguió bajo la bandera de la modernización y hoy cristaliza en nombre de la globalización, consideradas como tres expresiones sucesivas de un mismo principio de subalternidad económica, tecnológica y cultural.

Decir que la historia moderna de América Latina es una larga sucesión de crisis es formular un enunciado vacío. No porque América Latina no haya atravesado una serie de situaciones extremas a lo largo de los últimos dos siglos: guerras neocoloniales, dictaduras, persecuciones políticas, migraciones forzadas de masas y una acelerada extenuación de sus recursos naturales y humanos. Es un enunciado vacío porque la palabra ‘crisis’ ha perdido el sentido fuerte que un día tuvo para la reflexión sociológica y filosófica moderna. Su difusión mediática ha eliminado la intención de cambio, la voluntad de emancipación y la esperanza de lo nuevo que la ha atravesado a lo largo de los movimientos revolucionarios y anticoloniales del siglo XIX, desde la Independencia de Santo Domingo hasta las revoluciones socialistas que coronaron la primera Guerra Mundial. Las nuevas ‘crisis’ han sido apropiadas por el contemporáneo espectáculo mediático de catástrofes y violencia, y por un pragmatismo tecnológico y financiero que es intelectual y humanamente irresponsable.

De todos modos: la historia latinoamericana del siglo XX ha sido una sucesión de catástrofes y de violencias; no una historia de emancipaciones o de cambios. Es una sucesión de situaciones de extrema desesperación social cuyas características pueden resumirse en unos cuantos enunciados elementales. Primero, un desordenado crecimiento económico, subordinado, además, a los intereses hegemónicos de los poderes coloniales en decadencia de Europa y del ascendente imperialismo de los Estados Unidos. Un proceso civilizatorio representado con los eslóganes de desarrollo, modernización y progreso, que ha generado grandes desplazamientos poblacionales hacia los centros industriales, ha abandonado a masas humanas de millones en la miseria y la agonía, y se ha coronado con la configuración de megalópolis ecológica y socialmente insostenibles, como México, São Paulo o Lima. Y se ha acompañado de los fenómenos más perniciosos de la globalización: tráfico ilegal, economías sumergidas, piratería corporativa transnacional, destrucción de memorias culturales, y una continua escalada de violencia militar y paramilitar.

La modernidad latinoamericana del siglo XX se puede resumir en dos trazos: por una parte, un concepto de desarrollo de consecuencias ecológicas y sociales devastadoras; por otra, una constante deriva política sin objetivos sociales y civilizatorios precisos”. [...] las grandes revoluciones espirituales que definen el concepto de modernidad – el humanismo, la reforma del cristianismo, el paradigma científico copernicano y las filosofías de la Ilustración, y no en último lugar las revoluciones religiosas, sociales y epistemológicas que las coronaron – no tuvieron lugar en el mundo ibérico, y menos aún en sus colonias, subordinadas al monopolio cultural de la Iglesia católica.

Nadie puede negar, por otra parte, que las consecuencias de esta modernidad truncada llegan hasta nuestro presente”.[2]

También esto puede leerse a la luz del fresco del buen y mal gobierno pintado en las paredes de una sala del palacio comunal de Siena en 1338, así como de las especulaciones teóricas (quizá mal concretadas o todas utópicas o fuera de lugar en América) de los pasados 500 años que leyeron, así como de los breves textos de Baños, Castells, Charbonnier y/o Lanchester que integraban la primera unidad del curso (no todos los grupos tuvieron disponibles los mismos textos).

Pero ¿qué pasa si ocurre al revés y las “nobles” (o no tan nobles) mentiras compartidas dañan al Estado y/o a los conciudadanos, a todos ellos o a algunos, o dejan de ser creídas?, ¿si esas teorías ya no orientan o mapean lo que acontece?, ¿si se alejan desmesuradamente de las experiencias y vivencias de quienes ahora estamos vivos?, ¿si no tienen ya relación con las instituciones que realmente nos encorsetan y no pueden legitimarlas más, ni tampoco a quienes realmente toman las decisiones y acaso son en verdad los soberanos sin ser Estados ni electos?, ¿si resultan más creíbles las ficciones distópicas de los novelistas de las que les habla Lanchester que las fundamentaciones abstractas y racionales de los filósofos?, ¿si acierta Baños cuando escribe acerca de que *“lo que principalmente llega al público no es más que una gran falsedad disfrazada de verdad”*?, ¿o lo hace Castells cuando advierte una ruptura (*“soplan vientos malignos en el planeta azul”*) y que *“la desconfianza en las instituciones, en casi todo el mundo, deslegitima la representación política y, por tanto, nos deja huérfanos de un cobijo que nos proteja en nombre del interés común”*?, ¿si, como afirma Charbonnier, estamos ante *“cambios ecológicos, políticos y sociales globales, cuya importancia percibimos vagamente sin saber cómo describirlos, y mucho menos traducirlos al lenguaje teórico”*, en parte porque las teorías que leyeron forman *“la base de una relación colectiva con las cosas de la que vivimos actualmente los últimos instantes”*?

Dos politólogos brasileros, en el frío mes de junio en el que continúa persiguiéndonos una pandemia sin remedio (como le pasó a Maquiavelo en su siglo XVI, permitiendo a alguno de sus biógrafos del siglo XXI escribir que *“parece haber sido consciente de que era en tiempos de peste que la libertad estaba en mayor peligro”*)[3] y todavía poco conocida, intentan dar cuenta de la situación actual y sus más inmediatos antecedentes. Al hacerlo nos aluden e, incluso si apenas nos nombran, cuentan una historia que es paralela o parecida a la nuestra:

“Brasil es un país insertado en el mercado internacional como importador de capital (es decir, con bajo ahorro interno y dependiente de inversiones provenientes del exterior) y como exportador de productos (como mineral de hierro, soja o petróleo, productos que se comercializan en estado bruto o en una forma mal procesada y que, por lo tanto, tienen características casi idénticas independientemente de quién las produjo). Debido a estas dos características, el desempeño económico de Brasil, como el de nuestros vecinos sudamericanos, está fuertemente vinculado a dos variables que están fuera del control de sus gobiernos. Ellos son: precios de productos básicos y tasas de interés internacionales. Cuando los precios de los productos básicos son altos, nuestra situación mejora porque hay una mayor inyección de recursos en la economía y aumentan los ingresos fiscales. Cuando las tasas de interés internacionales son bajas o caen, nuestra situación también

mejora porque hay un aumento en la cantidad de recursos disponibles para la inversión e, históricamente, cuando esto ocurre, parte de ese capital se destina a países emergentes.

Aunque exógenos, estos dos factores explican en gran medida el éxito de los presidentes de América del Sur, tanto en términos de popularidad como de perspectivas electorales.

Durante la década de 1980 y hasta principios de la década de 1990, cuando las materias primas bajaron y las tasas de interés internacionales subieron, los regímenes militares cayeron en toda la región y menos del 20% de los presidentes democráticos que gobernaron en el período lograron reelegirse a sí mismos o elige a tu sucesor. Fue un momento en que los presidentes terminaron sus términos muy impopulares, como José Sarney (Brasil), Alan García (Perú) y Rodrigo Borja (Ecuador), o ni siquiera los completaron, como Raúl Alfonsín (Argentina) y Carlos Andrés Pérez (Venezuela). En la primera década de este siglo, con el aumento de las materias primas y las tasas de interés internacionales, la tasa de reelección aumentó un 70%. Los presidentes de todo el espectro ideológico han alcanzado niveles de popularidad raramente vistos, y casi simultáneamente, como Hugo Chávez (Venezuela), Álvaro Uribe (Colombia), Tabaré Vázquez (Uruguay) y Luiz Inácio Lula da Silva (Brasil).

En diciembre de 2019, los productos básicos ya estaban cayendo y sin perspectivas de mejora debido a la desaceleración de la economía china y las crecientes disputas comerciales entre China y los Estados Unidos. La caída en los precios del petróleo que siguió a la disputa entre Rusia y Arabia Saudita solo reforzó esta tendencia. En un mundo tan incierto, ni siquiera las tasas de interés cercanas a cero han producido el efecto habitual de empujar a los inversores a los mercados emergentes.

Todos estos factores apuntaban a un período de deterioro económico y, por lo tanto, agitación política. En esta situación adversa, Bolsonaro no solo tendría pocas posibilidades de ser reelegido en 2022, sino que habría una probabilidad insignificante de que no pudiera terminar su mandato. Nuestra investigación académica muestra que las transiciones irregulares (golpes, destituciones y renunciaciones) son más comunes en América del Sur durante escenarios internacionales desfavorables. En estos períodos, el bajo crecimiento económico local, combinado con una limitación de los recursos fiscales, termina intensificando las tensiones redistributivas, lo que produce inestabilidad política. Solo la mitad de los gobernantes de Sudamérica en la década de 1980, elegidos o no, pasaron el cargo a su sucesor en la fecha programada. En la década de 2000, por el contrario, más del 80% de los gobernantes cumplieron sus mandatos. Tuvimos un período de diez años con una sola interrupción (el juicio político de Fernando Lugo, en Paraguay), estableciendo una marca sin precedentes en la región. Sin embargo, después del auge en los precios de los productos básicos, ya hemos tenido tres interrupciones en cuatro años: Pedro Pablo Kuczynski (Perú), Evo Morales (Bolivia) y Dilma Rousseff (Brasil), además de importantes protestas callejeras que sacudieron a los gobiernos de varios países".[4]

¿Acaso reiteraremos una ciclicidad que Maquiavelo atribuía a la historia humana desde su siglo XVI y nos quedaremos para siempre,¹ o por mucho tiempo más, atrapados sin salida en una neocolonialidad resignada, esa modernidad truncada que describe Subirats, aparentando una capacidad soberana que nunca pudimos alcanzar,[5] simulando y disimulando lo que no somos, disfrazando la verdad, como Estados más o menos fallidos, escindidos entre bellos textos constitucionales y prácticas totalmente distintas de las prédicas académicas y discursivas, exhibiendo todavía la impiedad que describiera escandalizado Rousseau (ciudadanos que solo viven “según la opinión de los demás”, indiferentes al bien y al mal, reducidos “a guardar las apariencias”), por contraria a la ley de naturaleza, al denunciar hacen ya 266 años, en la última frase de su *Discurso*: “que un puñado de gentes rebose de cosas superfluas mientras la multitud hambrienta carece de lo necesario”.

El éxito profético de los autores de los que se ocupa Lanchester, que sería a la vez la evidencia del fracaso de sus buenos propósitos, ¿nos dejará a la puertas de un estado de naturaleza hobbesiano, pero ya nada igualitario, del que ningún contrato consensuado nos permitiría salir y ante la cruda realidad de la imposición violenta (o potencialmente violenta) de una autoridad de la que no podemos escapar y sobre la que no podemos influir, en todas partes mandados, siempre sujetos por ataduras que otros disponen, encadenados pero entretenidos, manipulados, sin privacidad pero adormecidos, cuando no cómplices de esa situación, aislados pero en redes, desencantados y peligrosos en medio de una crisis (“la madre de todas las crisis”) planetaria de la legitimidad política que constata Castells, desconfiados y con miedo, acaso en “un estado de emergencia permanente” que nos predisponga a buscar, o aceptar, un príncipe salvador autoritario?, ¿ya no será posible hacer un Estado bien constituido ni siquiera en la pequeña isla de Córcega, y solo nos espera integrarnos a ese “amontonamiento de hombres artificiales y pasiones ficticias” propio de la vida social civilizada, según Rousseau, incapaces de reconocer y aspirar a la libertad, de formular nuestros derechos y asumir obligaciones, esos “órdenes imaginados” que no provienen de nuestra biología, como explicó Harari (y antes Hobbes), pero que son intersubjetivos, nos modelan y están “entretejidos en el tapiz de la vida”?

Aunque vivimos en otro mundo, y estamos separados por casi 700 años del momento en que se pintaron en Siena los frescos, también en circunstancias extremas y amenazadoras, para orientar a los nueve magistrados que gobernaban la comuna (que ya, desde hace siglos, no existe como entidad independiente), no es imposible presumir que todavía ustedes prefieran la paz a la guerra, el bien al mal gobierno, aunque no sepamos como preservar la

¹ Al final de un pequeño libro su autor, que fue, si no el más contumaz, sin duda uno de los más famosos revolucionarios del siglo XIX, Louis-Auguste Blanqui paradójicamente escribió: “El universo se repite sin fin y pifafa en el mismo lugar. La eternidad interpreta imperturbablemente en el infinito las mismas representaciones” (*La eternidad a través de los astros*, Siglo XXI editores, 2000. La primera edición en francés, escrita e impresa cuando su autor estaba en la cárcel, fue de 1872).

primera, evitar la segunda, obtener y consolidar el tercero e impedir o deshacernos del cuarto.

Cómo hacerlo a lo largo de vuestras vidas es algo para lo que no serán válidas eventuales recetas de manuales, y tampoco bastarán los escritos del pasado que se continúan leyendo, por la imprevisibilidad inherente a la historia y la política (a la que fue peculiarmente sensible o de la que fue altamente consciente, espero que todos lo recuerden, Maquiavelo, el autor por el que empezaron su lectura de obras clásicas de las ideas jurídico-políticas en este curso).

Solemos (hago una suposición), como Maquiavelo, considerarnos realistas, por tanto un orden realmente bueno siempre nos parecerá poco realista (sospecho que, mayoritariamente, restaron seriedad a la utopía que leyeron y les pareció imposible la propuesta de Rousseau o irrelevantes para la práctica todas las teorías leídas en el curso), fantástico, de ahí que ridiculicemos fácilmente lo utópico (en esto pensamos como Marx), a pesar que al hacerlo disminuimos las alternativas y posibilidades (aquello que se dice que buscamos en el mercado, en las estanterías de los comercios, con el control remoto del televisor, etc.). Mientras que el mantenimiento de un orden indeseable (que ocasiona daños a muchos cada día y no aspira a repararlos o remediarlos), inclusive deficiente, lo consideramos perfectamente normal (muy probablemente lo tomemos como “natural”: “es lo que hay, valor”, como probablemente le escucharon decir al relator de fútbol Kesman).

Una novelista estadounidense muy famosa, Ursula Le Guin, que murió en 2018 y no compartía la opinión resignada del relator compatriota, advirtió que *“El ejercicio de la imaginación es peligroso para aquellos que se aprovechan del estado de las cosas porque tiene la facultad de mostrar que ese estado no es permanente, no es universal, no es necesario”*. Y justificaba su literatura (que se encasilla bajo el rótulo de ciencia ficción en librerías y bibliotecas), dando continuidad a un planteo rousseauiano, al sostener que *“No conoceremos nuestra propia injusticia si no podemos imaginar la justicia. No seremos libres si no imaginamos la libertad. No podemos pedirle que intente conseguir la justicia y la libertad a nadie que no ha tenido la oportunidad de imaginarlas como alcanzables”*.

En los textos de Marx no se oculta (a pesar de su insistencia en una ciencia de la historia y de la sociedad) la reaparición de la utopía, pero sobre todo el impulso emancipatorio, la irrupción del conflicto ya no en supuestos “estados de naturaleza” sino en el interior de la vida social cotidiana, cuyas incesantes, y a menudo fieras batallas entre clases e intereses sin expectativa de armonización ni conciliación, advierte y en las que se funda su anuncio de la posible superación o sustitución del modo de producción (avasalladoramente expansivo e innovador) que hace posible la abundancia y daría fundamento para que la coerción desaparezca de las relaciones humanas, se acabe *“la prehistoria de la sociedad humana”* y la libertad ya no sea *“la única e implacable libertad de comercio”*, *“la libertad de comprar y de vender”*, o privilegio de algunos (*“libertades burguesas”*), para que *“el individuo que trabaja [ya no] est[é] sometido y*

privado de personalidad” y sea posible “una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”. Para ello propone la abolición de la propiedad (*“en vuestra sociedad la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros”*) privada del capital y la apropiación social (*“toda la producción en manos de los individuos asociados”*) de lo que sería el trabajo social acumulado del que se apropian los burgueses, esa paradoja que permite que *“aquellos que trabajan no ganan y los que ganan no trabajan”*.

Seguramente algunos de ustedes leyeron o escucharon usar el término “antropoceno” (*anthropos* significa hombre en griego) para dar cuenta del profundo impacto geológico (sobre la tierra y la naturaleza) que dejamos los seres humanos y que algunos científicos estiman que ya produjo huellas imborrables en el planeta. De ahí que se haya propuesto nombrar a este tiempo el **Antropoceno** (pero se discute el comienzo de esta era: ¿la llamada revolución agrícola de la prehistoria?, ¿la mucho más reciente revolución industrial?, ¿los impactos ambientales del crecimiento económico del último siglo?) [Al respecto pueden leer este artículo de la UNESCO: <https://es.unesco.org/courier/2018-2/antropoceno-problematika-vital-debate-cientifico>]

Por supuesto, si bien todos aportamos nuestro grano de arena para esta transformación progresiva e irreversible del planeta que es nuestra habitación, son sobre todo los grupos humanos (minoritarios) capaces de tener un muy alto consumo (e imponerlo o publicitarlo como modelo de vida universal) los que socavan las condiciones básicas de la vida, precisamente como consecuencia de un consumo en continua expansión. Probablemente estemos menos convencidos y satisfechos que nuestros antepasados, como leyeron en alguna obra [*“Dios, como dice el rey David (Salmos cxv. 16) ‘ha dado la tierra a los hijos de los hombres’”*], de la privilegiada excepcionalidad de nuestra condición humana, y más proclives a creer que ni somos los únicos habitantes de la Tierra ni estamos por encima, y al mando, de los demás seres vivos.

Como resultado, por ejemplo y según anotaba Charbonnier en su “Introducción”, del calentamiento terrestre, partes cada vez más grandes del planeta se hacen inhabitables y tanto seres humanos como animales deben abandonar las áreas donde viven. Las migraciones forzadas (con las que también contribuyen las guerras sin fin) tienen consecuencias directas para sus víctimas e indirectas para las sociedades hacia donde se desplazan. De todo esto tienen noticias en los medios, pero no pasó totalmente inadvertido para algunos de los autores de las obras que leyeron. Hobbes, tan constreñido por el miedo (que no ha desaparecido de nuestras vidas, sociedades y discursos públicos), alertaba contra *“la grandeza inmoderada”*, el apetito insaciable por *“ensanchar dominios”*, el *“perpetuo e incansable deseo de conseguir poder tras poder”* y aquella extrema, aterradora situación que imaginara: *“Y cuando el mundo entero esté*

superpoblado de habitantes, el último recurso será la guerra, la cual vendrá a poner remedio para cada hombre, o con la victoria, o con la muerte”.

Y Mary Wollstonecraft, en una de sus muy interesantes y hermosas cartas, escritas más de un siglo después que el libro de Hobbes (y que mencioné en el curso), escribe (pendulando entre su optimismo ilustrado y una pesadillesca visión de futuro): *“Anticipé la mejora futura del mundo y observé cuánto le queda al hombre por hacer para obtener de la tierra todo lo que podría producir. Incluso llevé mis especulaciones hasta el punto de avanzar un millón o dos de años, hasta el momento en que la tierra, tal vez, estaría tan perfectamente cultivada y tan poblada como para hacer necesario habitar cada lugar: sí, inclusive estas costas sombrías. La imaginación fue aún más lejos, e imaginé el estado del hombre cuando la tierra ya no pudiera soportarlo. ¿A dónde iba a huir del hambre universal? No sonrías; realmente me angustié por estas criaturas aún no nacidas. Las imágenes se fijaron en mí y el mundo me parecía una gran prisión”*. [6]

Contra la enconada lucha entre todos los individuos humanos que veía Hobbes como inevitable consecuencia de la desaparición de la obediencia a ese soberano que es el alma de la persona artificial que es el Estado, opuso Rousseau (también contractualista) la compasión, ese sentimiento (que no principio moral) que ponía límites a los hombres en su estado natural, ya desaparecido en todas partes debido a un proceso civilizatorio que ha apartado al hombre, irrevocablemente, de aquella genuina, pero conjetural, condición originaria. En el estado de naturaleza los hombres (insociales) de Hobbes luchan por dominar y temen ser dominados, mientras que el hombre natural originario de Rousseau, que vive solo, no aspiraba a someter a otros, sino al propio goce individual, contentándose con los que su esfuerzo personal podía proporcionarle y viviendo una vida sencilla, sin disputas, en medio de la naturaleza, como una criatura más de esa naturaleza. Locke ponía al hombre al mando de todos los seres vivos, como usufructuario de la creación divina y conecedor de sus leyes, que imponen reglas no humanas pero válidas para todos, a las que se someten: la voluntad de Dios domina al mundo y nos puso a todos los seres humanos en pie de igualdad para vigilar su cumplimiento y castigar a los díscolos impíos irracionales. Wollstonecraft denunció que la igualdad y cultivo de la razón no incluía a las mujeres, al menos la mitad de la humanidad, a las que se les imponía como su “naturaleza” una construcción artificial, fruto de la costumbre, muchas prohibiciones y la falta de verdadera educación; se les negaban sus proclamados derechos humanos pues para ellas solo sería posible un papel ancilar: sierva, criada, esclava de los hombres, en quienes recae la autoridad dentro del hogar y en la vida pública.

Si Maquiavelo se propuso dar a conocer lo que los príncipes hicieron (y continúan haciendo) para *“ganar y perder a los hombres”*, proponiéndoles como una práctica adecuada que se actúe *“procediendo en sus acciones con las imitaciones y no siendo posible en todo seguir la vía de otro, ni alcanzar la virtud de los que imitas, el hombre prudente debe entrar siempre por los caminos abiertos por hombres grandes, e imitar a aquellos que han sido excelentísimos a fin de que, si la de ellos no te llega, te dé*

al menos algún aroma”, Rousseau, que asociaba la libertad a la autodeterminación, lo que en un Estado bien constituido implicaba que las leyes fueron fruto de la “voluntad general” (“el poder legislativo pertenece al pueblo y no puede pertenecer sino a él”, “no siendo las leyes sino actos auténticos de la voluntad general, no podría obrar el soberano más que cuando el pueblo está reunido”), y a pesar de repetidas coincidencias con el florentino, no relacionaba la excelencia con la imitación sino con la apertura a la experimentación, a las decisiones colectivas, siempre únicas, nuevas y propias: “Los límites de lo posible en las cosas morales son menos estrechos de lo que pensamos; nuestras debilidades, nuestros vicios, nuestros prejuicios son lo que restringen. Las almas bajas no creen en los grandes hombres”.

Mientras que el primero de los autores advertía contra los riesgos que conlleva gobernar *“entre tantos que no son buenos”,* teniendo siempre en cuenta que *“la naturaleza de los pueblos es variable; y es fácil persuadirlos de algo, pero es difícil mantenerlos en esa persuasión. Por eso conviene ordenarse de manera que cuando no crean más se les pueda hacer creer por la fuerza”.* El segundo, en cambio, creía (con Hobbes, aunque por otros motivos y razonamientos) que en el estado natural los hombres *“no podrían ser ni buenos ni malos, ni tenían vicios ni virtudes”* (que solo aparecen en y por la vida en sociedad, durante el proceso civilizatorio, que podríamos muy bien llamar, además, “desigualatorio”): *“mientras sólo se aplicaron a trabajos que uno solo podía hacer y a las artes que no requerían el concurso de varias manos, vivieron libres, sanos, buenos y felices en la medida en que podían serlo por su naturaleza y siguieron disfrutando de las dulzuras de un trato independiente”.* Una pacífica vida edénica, pero solitaria, no como la que Hitlodeo le relata a Moro que vio en la isla de Utopía, aquella que califica como *“la mejor forma de comunidad política”.*

¿Tendremos que vivir y convivir siempre con y por miedo o acaso será factible acordar entre todos (*“el pueblo congregado”*) lo que deberíamos hacer (o no hacer), atreviéndonos a dar, cuantas veces lo creyéramos necesario, un salto *“de lo existente a lo posible”*?

¿Qué papel tienen los universitarios, que se forman como expertos, en la comunidad?, ¿debería confiarse el gobierno de una sociedad a los científicos y profesionales, reemplazando a los políticos?, ¿qué pasaría entonces con la legitimidad y la igualdad?, ¿la política debe ser un campo abierto a todos?, ¿podrían expertos y políticos actuar en interés propio abusando de su papel?

Podrían formularse muchísimas otras preguntas, más allá de las que se hicieron e intentaron responder los autores que leyeron en las seis unidades del curso, pero ahora tendrán que formularlas y buscarles respuesta ustedes con independencia del programa de estudio, que es donde verdaderamente importan y tienen consecuencias para todos.

Los últimos vídeos y artículos agregados, por fuera del programa tentativo que abrió el curso, son apenas una contribución contemporánea para intentar descubrir cuáles puedan ser algunos de los futuros desafíos, empero ya presentes, a los que tendrán que hacer frente, con los que será necesario lidiar ... Y nos exponen asechanzas futuras (que ya estarían concretándose) más aterradoras que el miedo que motivara las construcciones teóricas de Hobbes, formas de dominio que no pudo siquiera imaginar ni concretar el más absolutista de los gobernantes, a las que se suman las insuficiencias de nuestra comprensión del funcionamiento de las sociedades y las incongruencias u ocultamientos que acompañan a muchas de nuestras más arraigadas creencias (Zuboff, como escucharán, sostiene que “*esencialmente marchamos desprotegidos en este siglo, sin apropiadas cartas de derechos, sin marcos legales apropiados, sin los paradigmas regulatorios y las nuevas instituciones que necesitamos*”). ¡Menuda tarea a la que tendrán que hacer frente en su futura vida profesional y como ciudadanos!

[1] “...*la verdad debe ser muy estimada. Porque si hace un momento hemos hablado correctamente, y la mentira es en realidad inútil para los dioses, aunque útil para los hombres bajo la forma de un remedio, es evidente que semejante remedio debe ser reservado a los médicos, mientras que los profanos no deben tocarlo.*”

-*Es evidente.*

- *Si es adecuado que algunos hombres mientan, éstos serán los que gobiernan el Estado, y que frente a sus enemigos o frente a los ciudadanos mientan para beneficio del Estado; a todos los demás les estará vedado” (República, Gredos, 153).*

[2] Subirats, Eduardo: *Paraíso. Ensayos sobre América Latina*, Fondo de Cultura Económica, 2013.

[3] Lee, Alexander: What Machiavelli knew about pandemics, *New Statesman*, 2020/06/03, <https://www.newstatesman.com/2020/06/what-machiavelli-knew-about-pandemics>

[4] Campello, Daniela & Zucco, Cesar: O jogo dos dois erros. Por que Bolsonaro se equivoca ao minimizar a pandemia e ao tentar se eximir da crise econômica, *Piauí*, 165, 06/2020, https://piaui.folha.uol.com.br/materia/o-jogo-dos-dois-erros/?fbclid=IwAR2JTKCscGtaGccmnQHH51y7kvHIQYo-BGindkvFR-_PSE_qhCICMhYvdoU

[5] ¿Acaso ya lo comprendía Hobbes cuando escribía “[...] *quienquiera que, pensando que el poder soberano es demasiado grande, trate de reducirlo, tendrá en*

definitiva que someterse a otro poder que pueda limitar aquél, es decir, a un poder mayor”?

[6] Wollstonecraft, Mary: *Letters Written During a Short Residence in Sweden, Norway, and Denmark*. Second edition, J. Johnson, 1802.